

OLENTZARO, SAN NIKOLAS ETA BESTE

Henrike Knörr (*)

Señoras y señores, amigos todos:

Voy a empezar tranquilizando al auditorio: mi alocución no será larga. Mi modelo no es exactamente el tipo de discursos de cuatro horas de ese conocido gobernante del Caribe. ¡Ni mucho menos! Mi pregón será breve, y que otros juzguen si será bueno, cualidades ambas que, como se sabe, producen doble bondad (*Bonum si breve, bis bonum*).

Todavía quedan pregoneros en Vasconia, aunque al parecer no en Álava. Recuerdo muy bien la última vez que vi a uno de ellos, en Urdiain, en la Baranca navarra. Había ido yo a recoger a José M^a Satrústegui, nuestro llorado amigo. De repente, reconoció al pregonero municipal dirigiéndose a una de las esquinas del pueblo para iniciar su labor. Como empujado por un resorte, Satrústegui volvió a entrar en casa, y, magnetófono en mano, grabó el pregón, en euskera, precedido y terminado con un toque de trompetilla. Era un aviso del Ayuntamiento sobre una reunión aquel día. El testimonio queda guardado, sin duda, en el rico archivo del académico, archivo ahora en proceso de catalogación por Euskaltzaindia.

Muchas veces he pensado en aquel pregonero, sesentón, una pieza más, pero pieza importante, en unos modos de vida mucho más humanos que los nuestros, y, sobre todo, más comunicativos. A muchos se les llena la boca con la monserga esa de *la sociedad de la comunicación*. Es confundir la increíble proliferación de aparatitos con la verdadera comunicación, la comunicación entre personas, inmediata, cercana, la auténtica, pues, volviendo a echar mano del venerable latín, *communicare* es «participar, tener parte (en algo común)». Porque comunicación es el concejo abierto, y la vereda o *auzolan*, y la conversación franca, y tantas cosas sin que esté de por medio algún cacharro de esos fabricados en China o vaya usted a saber dónde.

Este pregonero, a decir verdad, llega un poco tarde, y hace como esos empleados de los tiovivos, que se montan en marcha. En efecto, el ciclo de Navidad ya ha empezado. No, no me refiero a todo ese despliegue de anun-

(*) Testu hau irakurri zuen egileak Gasteizko *Principal* antzokian, 2004ko abenduaren 18an.

cios y publicidad del comercio, ni a esas luces e imagería que nos plantaron ya a mediados de noviembre. No. Hablo de San Nicolás, que vino el 6 de diciembre, y cuya fiesta se sigue celebrando entre el alborozo de niños y mayores.

En Agurain, por ejemplo, ya han cantado aquello de:

*San Nicólas coronado,
que el obispo es muy honrado;
si nos dais o no nos dais,
aquí no os detengáis,
porque somos escolanos
del glorioso San Nicólas.
Aquí estamos cuatro,
cantaremos dos;
una limosnita
por amor de Dios, etc.*

Y en la canción de Zaldondo se cita un objeto muy importante de la petición:

*Angelitos somos,
del cielo venimos
a pedir andamos
naranjas y limones
para honrar estos pendones,*

donde vemos que los pendones tienen fieles valedores, los cuales, por cierto, terminan la canción:

San Nicólas tris-tras,

a voz en grito, porque así lo dice la partitura, y se lee esta indicación entre paréntesis: «Gritando». (Por lo demás, habrán notado ustedes que se dice «San Nicolás», por la influencia de la vieja y joven lengua vasca, que evita las sílabas agudas, y hay que recordar que se dice «San Róman», etc.)

Sí, ya vistieron a un niño de «obispillo», normalmente el alumno más aventajado. Y ese pequeño San Nicolás, que sólo puede serlo un año, desfiló con su comitiva, y se hizo la fiesta. Viejas tradiciones, seculares, cuyo rastro es con frecuencia difícil de seguir, pues, como dice bellísimamente Thomas Mann al principio de *José y sus hermanos*, «es profundo el manantial del pasado. ¿No debiéramos llamarlo insondable?» («*Tief ist der Brunnen der Vergangenheit. Sollte man ihn nicht unergründlich nennen?*»).

No es extraño que San Nicolás estuviera desde siempre destinado a una perdurable relación con los niños. Aquel obispo que fue de Myra, en Asia Menor, en el siglo IV, es designado en muchos libros como santo amigo de los niños. Obsequió en vida a niños y jóvenes, como en el caso de las tres bolsas de oro que lanzó de noche otras tantas veces por la ventana de la casa de

un hombre, noble pero venido a menos, sin medios con que dotar a sus hijas casaderas. Y en muchos lugares de Europa, el día de San Nicolás los niños encuentran en casa o en los caminos frutas y golosinas. Por otro lado, San Nicolás es el ejemplo de la criatura tocada de la mano divina ya desde tempranísima edad. En *La leyenda dorada*, la famosa obra de Jacobo de Vorágine, el santoral del Medievo en que se han inspirado miles y miles de artistas y escritores, vemos un hecho ciertamente milagroso: a los pocos días de nacer, Nicolás se sostuvo por sí mismo, de pie, dentro de la palangana en que le estaban lavando.

Todo el mundo sabe que después los restos de San Nicolás fueron trasladados a la ciudad italiana de Bari. Sin embargo, a San Nicolás no se le reconoce como merece. Es más: se ha producido una confusión, que se diría por transexualidad, en *Santa Claus*. Nada de eso, desde luego. Todo se explica sencillamente porque los holandeses, marineros cuyo patrono es San Nicolás, fueron los primeros colonizadores de Nueva Amsterdam, lo que después se llamó Nueva York, y llevaron allí la devoción de ese santo, que en neerlandés se documenta desde 1299 como *Senterclaus*, y hoy se dice *Sinterklaas*, escrito junto, como *Santiago*.

Las transfiguraciones de San Nicolás no se limitan, sin embargo, a Santa Claus y su representación anunciando Coca-Cola y otros brebajes. En Francia, en 1845, ya se documenta *Père Noël*, y más tarde *Papa Noël*. ¡Pobre San Nicolás desposeído! Y además, ¡desposeído del afecto y del amor de los niños! ¿Puede haber mayor pérdida?

Tirando del hilo, sabemos que este *Noël* francés viene de la antigua palabra *Naël*, que es el latín *Natalis*, se entiende «días natales del Señor». Y en 1548 se atestigua *noël* significando también «villancico». De ahí nuestros hermanos vascoaquitanos tomaron prestada la palabra, que está presente ya en el título del libro de Joanes Etxeberri de Ziburu, *Noelak eta bertze kanta espiritual berriak* («Villancicos y otros cantos espirituales nuevos»), de 1630. Uno de los villancicos de Etxeberri es el célebre *O Eguberri-gaua*, hermosísima composición que R. M.^a Azkue recogió en Sara, y cuya primera estrofa dice:

*O Eguberri-gaua,
bozkariozko gaua,
alegeratzen duzu
bihotzean kristaua.*

(«Oh, Nochebuena,
noche de gozo,
tú alegras
en el corazón al cristiano»).

Pero la palabra *Noël* hizo en nuestra lengua vasca una segunda recalada. Se trata del primer elemento de *Olentzaro*, que procede de **Noel-(t)zaro*, «época de Navidad». El segundo elemento es *-aro*, *-zaro*, el mismo que vemos,

en *Subilaro*, literalmente, «época del tronco», por el madero que se quema en Navidad. Las formas atestiguadas de *Olentzaro* con mayor antigüedad nos llevan a pensar en esa relación con **Noel-tzaro*, y entre ellas está *Onenzaro*, que trae el historiador Isasti. Hay que lamentar la derivación *Olentzero*, sin duda por influencia del sufijo castellano *-ero*, de *panadero*, etc., y hay que lamentar todavía más ese empleo de *el Olentxéro*.

De cualquier modo, *Olentzaro* no es un personaje tan ajeno a Álava, pues se conocía en su muga, en la Barranta navarra, antes de su proliferación en Vitoria hace 38 años.

Así que ya estamos en las fiestas, que empezaron por San Nicolás, el marginado, y siguen con otras, como la de hoy mismo, *Día de la Expectación de Nuestra Señora*. Y después vendrá la Nochebuena, el *Gabon* que ha pervivido en pueblos alaveses donde el euskera ha retrocedido. Y al día siguiente la Navidad, en nuestra otra lengua *Eguberri*, literalmente el «Día Nuevo». Bueno sería, dicho sea de paso, que nos felicitáramos en esta lengua con un *Eguberri on*, dejando de una vez ese *Zorionak*, ejemplo claro de un estrepitoso servilismo (de *Felicidades*, claro). En fin, que el ciclo seguirá, con la Epifanía, los Reyes, y finalmente la Candelaria, el 2 de febrero, o sea, la presentación de Jesús en el templo.

Este largo ciclo lo conocen muy bien, entre otros muchos, los vecinos de Laguardia, pues coincide casi punto por punto con la muestra del célebre belén de figuras articuladas, que en determinados días se mueven y bailan en la iglesia de Nuestra Señora de los Reyes.

Ahora cabría preguntarse: ¿Qué sabe hoy la gente de todas estas celebraciones y de toda su carga cultural? ¿Qué saben nuestros escolares? Y ¿qué saben sus profesores? «¡Eso es cosa de curas!», puede decir algún listillo, como oí una vez a alguien que guiaba a unos alumnos en una iglesia. ¡Como si para saber eso uno tiene que haber recibido órdenes sagradas o haber hecho los votos de monja!

Señoras y señores: ante nosotros tenemos el resultado de una terrible incultura, una de cuyas causas, aunque no la única, es el haber confundido *cultura religiosa* e *instrucción religiosa*. Pero la cuestión está clarísima: sin cultura religiosa la gente se convierte en marcianos. Cientos, miles de cosas, se les escapan en iglesias, museos, libros, películas, o paseando por pueblos y ciudades. *El beso de Judas*, *Herodes*, *el buen samaritano*, etc., etc., son elementos de nuestra cultura, y es absurdo atribuirlo a ser clérigo o creyente. *Llorar como una Magdalena*, contrariamente a lo que pensaba una muchacha, no se dice porque en el horno las magdalenas echan esos hilitos como lágrimas, sino por la pecadora arrepentida del Evangelio.

Es hora de que lo digamos sin rodeos: aquí ha habido una desidia terrible, una dimisión colectiva de responsabilidades, y ante todo en los dos pila-

res sociales de más importancia: la familia y la escuela. Hay desde luego otros males, pero éste es particularmente grave. Es un deplorable corte en la transmisión de unos conocimientos básicos. ¿Qué sentido tiene aquel nombre de *Educación General Básica*, si parte de la base se excluye?

La dejación, o para hablar más claramente, la dimisión de responsabilidades, abarca, sin duda alguna, otros campos. Es la sociedad la que debe articularse mejor, consciente del bien común, y consciente de todo el peso cultural, rico y complejo, del pasado y del presente. Es la sociedad, sobre todo, la que ha de encararse a los problemas, conflictos, resquemores, procurando que nada importante quede soterrado, por efecto del miedo o el resentimiento. Porque no es bueno silenciar conflictos y temores, por la razón que fuere. Tampoco por cuestiones de lengua, como en esa iglesia próxima en que se *desampara* al euskera, desoyendo el deseo de la familia, como hace unos días, en un funeral.

No son malos estos días para volver a soñar con esa ciudad amable, cálida, multifacética, pero ante todo humana. Ciudad de caminar y charlar. Ciudad para desearse felicidad de viva voz. El pregonero invita al gozo, al canto de las viejas canciones, no a la mera recepción de la música (por llamarla así) dictada por la implacable industria internacional de la diversión. El pregonero invita también a recordar a los ausentes. E invita a ver el mundo, si quiera por una vez, con los ojos de los niños, quienes todos los días nos enseñan cómo se puede ser feliz.

A todos Feliz Navidad. Eguberri on.

Post scriptum sobre San Nicolás

A las pocas horas de leer mi pregón de Navidad, Mikel Ezkerro, bilbaino transplantado a Buenos Aires, me escribió un mensaje electrónico, en el que se leía este interesante párrafo:

«Tu pregón me trajo también recuerdos muy gratos, porque en Bilbao, allí por 1943-1944, mi finado padre, vestido de San Nicolás, me visitaba en mi habitación totalmente a oscuras, llevando una bandeja con regalos y preguntando con una voz de bajo (aunque no fuese la del bueno de José Mar-dones) cómo me había portado durante el año, si estudiaba, etc., etc.».